

Las alforjas de Ansón

LUIS M.^a Ansón ha publicado una novela titulada «DON JUAN». Perteneció al género novela histórica, al estilo de Walter Scott o de Navarro Villoslada. En este género, como se sabe, el argumento lo pone el autor y la ambientación se extrae de archivos y crónicas.

Estas novelas requieren una trama concreta y redonda, con un objetivo conocido y, a ser posible, un desenlace feliz. En este caso la trama es la restauración en España de la Monarquía Constitucional caída (o desertada) en 1931 y felizmente restaurada en 1975, casi medio siglo después. El género requiere también de un Héroe triunfador y de un Malo o Anti-héroe, que al final resulte abatido y humillado.

En esta novela el Héroe no puede ser don Juan de Borbón y Battemberg, a quien el libro se dedica, porque una acción sostenida durante tan dilatado período requiere de unas dotes de clarividencia profética, de habilidad y energía que no serían creíbles en el personaje. Además, en ese caso el autor aparecería en un plano muy distante, disminuido en su protagonismo. Había que buscar otro Héroe, y Ansón lo encuentra en la figura de don Pedro Sainz Rodríguez, genio de la operación, que permite al autor una cercanía en la que se adjudica el papel de inmediato colaborador y aun de sagaz consejero. Don Pedro, con una previsión y sagacidad evidentes, proyecta las fases en que se desarrollará esa Restauración en un larguísimo período histórico que incluye una guerra civil con medio millón de muertos y la pérdida de una paz en la que —mejor o peor— se ha desarrollado la vida de varias generaciones.

El Anti-héroe o el Malo de la novela es, sin vacilación, el General Franco, «mequetrefe orondo y endiosado» cuya astucia y crueldad no le libran de picar en los anzuelos que se le lanzan. Su imagen va a calcar de la que historia y filmografía nos vienen ofreciendo durante cuarenta años de un Hitler que, sobre cruel hasta el sadismo, era tonto.

La trama empieza cuando ciertos errores del padre de don Juan arruinan aquella monarquía canovista y, tras ganar unas elecciones municipales, el Rey se marcha «para que no se derrame sangre española» dejando al país en manos de una República revolucionaria que pronto se orientaría hacia el promarxismo y el anarquismo. Aquí empezará la primera etapa del **Plan Sainz Rodríguez**: derribar a la República. Para ello escruta con mente profética el momento propicio, que no será 1932, sino 1936, y moverá sus hijos entre los militares para que el alzamiento se produzca con probable éxito. (El autor omite cuidadosamente que en aquella guerra los únicos monárquicos que lucharon a miles fueron los carlistas, no los partidarios de la monarquía liberal, que no lograron poner en línea más que un solo batallón, que, por cierto, se pasó al enemigo en el frente de Aragón por estar compuesto de lacayos de casa grande). Aquí el **Plan don Pedro** sufre un contratiempo no previsto: su peón de brega para el alzamiento (Sanjurjo) muere en accidente y ocupa el mando un general dispuesto a conservarlo, pase lo que pase, hasta su fallecimiento.

Nace así la segunda etapa del Plan: derribar a Franco. Don Pedro y su equipo tratarán de concitar contra el **caudillo** a toda su oposición de rojos y de blancos, así como a las potencias vencedoras en la Guerra Mundial. Si, a pesar de todo, el dictador pervive en el poder (y pervivió) hasta alcanzar una larga vida, don Pedro conoce la megalomanía del sujeto que exige que le suceda un rey (ya que no un emperador), nunca otro general o

un simple presidente. Esta será la última baza para engañarlo y hacerse con su sucesión. Don Juanito, el hijo y heredero de don Juan será el anzueto en que forzosamente picará el **caudillo**. Este se prestará gustoso a «educarlo» en España dentro de los principios del «Glorioso Movimiento Nacional». Tras una interminable vida escolar, Franco estará seguro de que su «Sucesor a título de Rey» estará plenamente identificado con la Monarquía católica, corporativa u orgánica, antiliberal que va a encarnar, y cuyas Leyes Fundamentales habrá jurado. Poco antes de su fin el **caudillo** se da cuenta de que ha mordido el anzueto, pero ya no puede rectificar después de haber designado Sucesor. Al fin, en 1975, Franco muere en el poder, pero convencido de haber sido engañado y de que su obra no le sobrevivirá. Si la segunda etapa del **Plan don Pedro** (derribar a Franco) no se ha cumplido, si se ha conseguido engañarle y, con ello, dar cumplimiento a la tercera: restablecer la Monarquía que cayó en 1931.

Queda, sin embargo, una cuarta etapa del Plan magistral: consolidar esa Monarquía, hacerla durable. Don Pedro está convencido de que una monarquía con las características de la proyectada por Franco es inviable en el mundo presente y en el ambiente de la España de hoy. Será preciso entonces tirar por la borda todos los atributos de esa proyectada monarquía (es decir, todo aquello por lo que se luchó y se venció en la Guerra de España) y reponer los que caracterizaron a la República de 1931. El nuevo régimen apostatará de la fe católica, será laico, y de su inspiración tradicional: será liberal con una democracia inorgánica que restablecerá (y subvencionará) partidos y sindicatos políticos, y reconocerá la soberanía popular en una nueva Constitución que el Rey jurará previa la anulación de las Leyes antes juradas. La legislación será la misma (pero más «avanzada» hacia el Mal o la Impiedad) que la republicana: laicismo de Estado, restablecimiento del divorcio y añadidura de la despenalización del aborto, del adulterio, de las uniones ilegítimas, de la homosexualidad, de la pornografía, etc., etc. Y todo ello sin la posibilidad ya de una reacción o de un restablecimiento del orden.

¿Y para este viaje necesitábamos alforjas? ¿Para encontramos al cabo de medio siglo y de esfuerzos infinitos con algo peor que el punto de partida?

Ansón no nos cuenta nunca lo que llevaba en sus alforjas para tan largo periplo, ni tampoco cuál era el verdadero término de éste. La novela, en efecto, es redonda como requiere su género, pero no sólo en el sentido de una trama lograda, sino en el del «eterno retorno» nietzscheano. Lo triste de la realidad hace que mucho de lo que se dice del Anti-héroe sea desgraciadamente verdad, pero lo que se narra del Héroe y de los suyos sea pura ficción.

Debo añadir, por fin, que yo no admiro, naturalmente, a don Pedro Sainz Rodríguez como héroe de cuento, pero sí por otros aspectos muy reales e ilustres de su personalidad. Por su erudición y crítica literaria sobre todo en el terreno de la mística, y muy especialmente por su obra al frente del Ministerio de Educación en la época de la Guerra y finales de la misma. Su Ley de Enseñanza —la mejor que hemos tenido— impulsó en España los estudios clásicos, tanto lingüísticos como literarios y filosóficos y determinó un verdadero renacimiento.

Claro que esto último es lo que Ansón trata de ocultar o disculpar como una mancha en la figura del Héroe.

R. Erlarena

Suscripción 1995



Envíenos su importe (5.500 pesetas) en CHEQUE POSTAL, CHEQUE o TRANSFERENCIA BANCARIA, o DEPÓSITO EN CARGO con cargo a la cuenta corriente (véase pag. 4).

Envíenos el **CHEQUE DIRECTO** a nuestra administración.

SI ANAS NUESTRA CAUSA, o si al menos no quieres perjudicarlos gratuitamente en nuestro proyecto económico para 1995 atiende por favor las indicaciones que te ofrecemos, ya que **SIEMPRE ESTA BASE DE CONCIENCIA DE SUSCRIPTORES** se estudian las posibilidades para el nuevo año.

Leer Buena Prensa Católica es una necesidad; sostenerla y divulgarla es un apostolado.

De excomulgada a beatificada

El Papa Juan Pablo II beatificó el 19 de enero en Sydney a una religiosa australiana, Mary MacKillop, que vivió a finales del siglo pasado dedicada a ayudar a los niños y a los pobres y cuya actitud de independencia respecto a la jerarquía de la Iglesia condujo a su excomunión temporal.

Nacida en 1842 y fallecida en 1890, MacKillop dedicó su vida a educar a los niños pobres y ayudar a los necesitados. Fundó la Orden de las Hermanas de San José, hoy extendida por Australia, Nueva Zelanda y Perú.

Su entereza, la fuerza de su acción en los ambientes desfavorecidos y su voluntad de independencia respecto a la alta jerarquía católica australiana le causaron dificultades sin número. En 1871, el obispo de Adelaida la excomulgó durante cinco meses.